

NECROLOGIAS

S. A. R. EL INFANTE D. JOSE EUGENIO DE BAVIERA

POR

JOSE SUBIRA

AL plácido bosque catalán donde paso gratas vacaciones estivales me llega la noticia, si bien esperada cualquier día no por eso menos dolorosa, de la defunción del Director de nuestra Academia, S. A. R. el Infante don José Eugenio de Baviera. Entre los miembros de aquella casa a quienes más estimaba yo, con afecto correspondido y probado, era uno este prócer.

Comenzó nuestra relación hace trece años colmadísimos, en el día de mi toma de posesión solemne. Minutos antes de entrar en el salón de actos se hizo la fotografía de un grupo, según tradicional costumbre. Conmigo estaban retratados allí él, los presidentes de la Academia de Bellas Artes y de la de Historia, señores Marinas y Duque de Alba, y los secretarios de nuestra Academia y de la Real Academia Española, D. José Francés y D. Julio Casares.

Al punto pude apreciar, en las eventuales reuniones de la Sección de Música, los rasgos por los que el Infante se hacía merecedor del aprecio: corrección exquisita, bondad generosa, elevadas miras, acrisolada rectitud. Todo ello, naturalmente, sin contar su amor a la música, manifestado en su cultivo como intérprete y en su dominio como técnico. Y todo ello se podía vislumbrar o traslucir en su discurso de ingreso, que antecedió al mío unos tres años. Esa disertación versaba sobre el tema “La intención descriptiva como fuente de la inspiración musical”.

Al fallecere el Director que le había antecedido en aquel sitio —D. Modesto López Otero— hizose preciso cubrir su vacante. Una frigidísima tarde de la primera semana de febrero de 1963, con las calles madrileñas cubiertas de nieve, aunque los copos ya no caían tenaz e implacablemente como había ocurrido hasta muy pocas horas antes, la Academia, en sesión

plenaria no dificultada por la situación atmosférica que a tantísimas personas había retenido en sus hogares, acordó elegir nuevo Director, y la elección recayó por unanimidad sobre aquel Infante, filarmónico en grado sumo, como lo fueran desde Felipe V—fundador de la dinastía borbónica— y Fernando VI, creador de la Academia que lleva por nombre el del santo de dicho Monarca, hasta su bisabuela, la Reina D.^a Isabel II, y su abuela la Reina Regente, D.^a María Cristina.

Pronto pudo apreciarse, tanto en gratas reuniones semanales de la Corporación como en las juntas mensuales del Consejo de Administración, al cual pertenezco como bibliotecario de la Academia desde hace más de doce años, su inmaculada sencillez, su pulcritud espiritual, su gran inteligencia, su cultura viva y sus desvelos en pro del arte en sus diversas manifestaciones; de ningún modo exclusivamente de la musical. Nunca le agradaba discutir ni entablar polémicas, sino apaciguarlas, llegado el caso, en aras de la armonía que debe reinar en estos organismos para el mejor desempeño de sus tareas. Y salía sin restricciones en defensa de nobles y puros ideales artísticos, acreditándolo así, de un modo que habría de tener repercusión, cuando, con el asenso unánime de las cuatro secciones y el docto dictamen de la Sección de Pintura, se logró salvar al cuadro de “El Greco” *El entierro del Conde de Orgaz* de un riesgo tan grande como hubiera supuesto su viaje de ida y vuelta a la Exposición Española de Nueva York. Y su ecuanimidad se manifestó asimismo, no pocas veces, en los asuntos internos de la Academia.

Desde la reforma de los Estatutos académicos implantados en 1864, es decir, hace poco más de un siglo, fue el Infante el noveno de sus directores, habiéndole antecedido entre los últimos, por orden ascendente, el arquitecto D. Modesto López Otero, el pintor D. Fernando Alvarez de Sotomayor y el escultor D. Aniceto Marinas. Y el Infante fue el primer individuo de la Sección de Música ascendido a tan elevado puesto. Mientras el Conde de Romanones, merced a sucesivas reelecciones trienales, lo había desempeñado cuarenta años—desde 1910 hasta 1950, que fue el de su defunción—, el Infante sólo fue reelegido una vez, falleciendo al año y pico de aquella reelección. Y en su “sillón” le antecediéron, entre

otros, D. Emilio Arrieta, nombrado al crearse en la Academia una Sección de Música; el erudito D. José de Castro y Serrano; D. Angel María Castell, crítico musical de *A B C*, y el crítico musical de *La Epoca*, D. Víctor Espinós, fallecido este último en las postrimerías del año 1948.

Con el óbito del Infante D. José Eugenio de Baviera, acaecido pocas semanas después del óbito del escultor D. Victorio Macho, nuestra Real Academia de Bellas Artes ha sufrido una de sus más dolorosas pérdidas.

(Diario de Barcelona, 20 de agosto.)